

dio del pulcro escepticismo conservador, un caso de entusiasmo poco frecuente. Porque Bethencourt ha adoptado el lema «Dios, patria y rey;» aunque a decir verdad, para él este lema no significa exactamente lo mismo que para mi otro erudito y caballero amigo el marqués de Cerralbo y de Almarza. No: ¡qué había de significar lo mismo! La cuestión dinástica abre un foso profundo entre los dos.

Como que quisiera yo saber, y no dejaré de preguntárselo el invierno próximo al que fué tantos años vicario de D. Carlos de Borbón en España, qué opina del artículo de Bethencourt *Dislates carlistas* y de otro que se titula *La boda del pretendiente don Carlos*. Ambos estudios son extremadamente duros y crueles para la casa de Rohan, á la cual pertenece doña Berta, segunda esposa del que Cerralbo considera jefe de la casa de Borbón (y Bethencourt también. — Véase página 368).

No hay cosa que más nos induzca á contradecirnos que el saber. Ahí está Bethencourt, condenando los enlaces de reyes ó pretendientes con casas de la alta nobleza de Europa, y creyendo inconveniente para ellos todo lo que no sea compartir su representación con quien haya nacido dentro de la realza misma. Pero como Bethencourt tiene en la punta de los dedos su historia, que diríamos afrancesadamente, no tarda en recordar que en otros tiempos los reyes iban á buscar esposa en casa de los grandes vasallos, y que así hicieron los Ordoños y los Fernandos con las hijas de los Osorios, de los Laras y de los Haros. Estos Fernandos y Ordoños no serán tan pomposos como lo que vino después, pero tienen una *pátina* encantadora y todo el atractivo de un sello de plomo, auténtico, colgante de un rollo de pergamino escrito en letra goda. Si que me gustaban á mí los Ordoños, los Fernandos primitivos, los Ramiros, los Sanchos. Este río, remontado corriente arriba, ¡rueda un agua tan profunda y pura, ofrece unas orillas de tan castizo y natural paisaje! Desde que empieza Velázquez á rodear á los reyes de jardinería solemne y majestuosa, dírase que los aparta y aísla, á mucha distancia, de sus feudales y de su pueblo.

¿Adónde íbamos con esta digresión? Ello es que Bethencourt lo afirma: el nieto de Felipe V, no puede casarse ni con una La Cerda ni con una Fernández de Córdoba, y D. Carlos, que recibe de sus partidarios el tratamiento de Majestad, no puede exigir que á doña Berta se le dé el mismo tratamiento. Sin embargo, los Rohan Guemeneé fueron casa soberana de Bretaña — contestan los partidarios del pretendiente que entienden de estos asuntos. — Sin tener derecho para profesar una opinión, pues poco se me alcanza de genealogías, los Rohan me seducen por su conocida y arrogantisima divisa (á ver si sale Bethencourt desdoriándose esta leyenda nobiliaria en nombre de la exactitud histórica): «Rey, no puedo; príncipe, no quiero; Rohan me soy...» Y es que — Bethencourt no lo ignora — hay nobles más nobles que los reyes.

Bethencourt es celoso defensor de la aristocracia de sangre, y la quiere seria, con dignidad y prestigio; quiere que se depure y defina bien todo lo que á ella concierne. Le exasperan las confusiones y errores en que incurre, no la prensa ni el público, sino el elemento cancilleresco y oficial, y no es lo menos curioso de su libro el dictamen sobre la sucesión en los ducados de Monteleón y Terranova, ni el artículo acerca de la necesidad de una legislación nobiliaria. Cuando la aristocracia nacía orgánicamente de la historia, no era indispensable tal legislación. Al feudal en su castillo, con sus mesnadas, al regresar polvoriento y ensangrentado de zurrarles la badana á los moros, maldita la falta que le hacía que el Ministerio de Gracia y Justicia — caso que entonces lo hubiese — le expidiese un papel diciéndole: «Eres noble titulado; te llamas el barón de Brazo-fuerte, y puedes reclamar en todas partes el título.» El Cid, hidalguillo, de un brinco se puso arriba del conde Lozano, y en la iglesia juradera, de potencia á potencia, apretó, hasta el escocimiento, la mano del monarca. — Ahora ciertas preeminencias hay que regularlas, y que la necesidad aprieta lo demuestran artículos muy sensatos de Bethencourt, alguno, como una reciente Exposición al rey, todavía no incluido en este volumen. Es el propio Bethencourt quien nos dice, escandalizado, que jamás ni en parte alguna el desorden, la facilidad, la falta de sentido histórico y nobiliario, han presidido, como presiden hoy entre nosotros, á las denominaciones de los nuevos títulos. Eran antes — nos dice — los títulos, señorios jurisdiccionales; y de ahí procedía — añado yo — la idea de Bravo Murillo, que, al suprimir los señorios, quiso reducirlos á títulos, eligiendo la de-

nomiación de los más viejos y señalados. Punto de vista es este de Bethencourt en que sin duda lleva completa razón. Mientras exista la nobleza de sangre (á la cual hoy van agregándose nuevas capas de aluvión que no proceden ni de la jurisdicción territorial, ni exclusivamente de los hechos históricos militares, sino de muy varios orígenes y especialmente del político, pues la política es aquí la fuente más copiosa de honores, distinciones y gracias); mientras exista, repito, esa categoría social, será conveniente que se imite, según acertadamente pedía Bethencourt, «el ejemplo de Italia, de la nueva Italia, de la archidemocrática Italia, con su monarquía de Saboya, con su Crispi en el gobierno, con sus revolucionarios en el poder, creando la *Consulta araldica*, legislando valientemente, científicamente, absolutamente, sobre todo lo que se relaciona con su numerosísima nobleza...» Ejemplo muy singular al venir del país en que familias principescas tienen por todo patrimonio un cuadro de Rafael que enseñan mediante dinero, y en que se gana la vida, remando en las góndolas de Venecia, un título descendiente de los Dogos — no me acuerdo ya de cuáles.

De verdadero caos califica Bethencourt al estado presente de la nobleza española. Hay que creerle; conoce el terreno; y hay que elogiar su labor en interés del prestigio de la institución. El genealogista no puede decir ni hacer más. El que no ahonda en la genealogía y se interesa preferentemente por el hecho social y sus consecuencias, tiene que añadir que ese desbarajuste, real y efectivo, que todos los días lamentan en Madrid — y no sin salsa de muy sabrosos comentarios — en círculos que frecuenta Bethencourt, es una de las muchas manifestaciones de la decadencia de la nobleza española como fuerza integradora de la patria; como una de tantas fuerzas nacionales, ¡ay!, que á modo de licor en desatapada botella, ha perdido aroma y virtud. Institución llamada á influir vigorosamente en un país, debe principiar vigorizándose, elevándose y estimándose altamente á sí propia, para lo cual ha menester limpiarse de secular herrumbre (preocupaciones, retraimientos, pesimismo, todos los resabios de *inadaptación*) y de modernos frágiles barnices y charoles (modas exageradas, vicios, ligerezas, derroches, desapego á la tradición en lo que tiene de robusto, sano y grande). De línea de conducta propia para conservar influencia y respeto, es modelo, parece redundancia decirlo, la nobleza inglesa. Sus hijos navegan en los buques y combaten en los ejércitos de la nación. Sus mujeres consagran actividad (hasta pasión histórica) á las obras sociales. Sus tierras están cultivadas por los métodos más científicos; sus explotaciones é industrias fructifican porque las guía un ilustrado sentido práctico. Sus *manors* poseen biblioteca, y los libros de esa biblioteca tienen cortadas las hojas. Viven como atenienses en sus residencias magníficas; saben abandonarlas como espartanos para romperse la crisma en el Transvaal. Sus *sports* abren ventanas á la colonización y al dominio de nuevas comarcas, que serán su salvación el día en que se tambalee el poder de Inglaterra..., día acaso llegado ya. — Porque no hay nación que no tenga sus heridas y sus problemas, y las habas que Inglaterra cuece, las cuece á calderadas, no lo niego; pero es en ocasiones tales cuando se echa mano de las reservas, y la nobleza británica está en condiciones de acorrer á su patria como en otros siglos nos acorría la nuestra, y contribuir á restañar la sangre que se pierde ó se perderá: (a), por la decadencia económica, debida á la preponderancia de la industria alemana y el comercio yanqui, que les disputa ó cierra tantos mercados á los ingleses; (b), por la plaga terrible de la miseria y el hambre en las Indias, más extenuadas cien veces que nunca lo estuvo ninguna colonia española; (c), por la siempre amenazadora guerra con Rusia; (d), por la campaña funesta del Transvaal; (e), por la cuestión irlandesa..., y no sigo, pues agotaría el abecedario. He enumerado al vuelo las graves angustias de Inglaterra, no queriendo pintar paraísos en el extranjero, en contraste con nuestros purgatorios: al precipicio cualquiera se aproxima: dichoso el que encuentra manos forzadas que le agarren antes de caer. Una de esas manos, de *boxeador*, de atleta, de intelectual á la vez, es en Inglaterra la de la nobleza de sangre.

Artísticamente también es imposible ver con indiferencia la desaparición de ciertos linajes y la ruina de ciertas casas. Una gran melancolía y una disminución de nuestra personalidad en el mundo surgen de las ruinas de palacios que he visitado, y que sus dueños vendieron al usurero ó al industrial.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SANGRE AZUL

Yo creo que nunca se ha pensado tanto como ahora en la aristocracia de sangre; que nunca han interesado tanto al público las salonerías y heráldicas, y que (no se ría nadie de la comparación, y menos que nadie la simpática persona que me ha puesto involuntariamente en el caso de elegir este tema) la afición á las cosas nobiliarias se ha difundido, como se ha difundido la de las antiguallas más ó menos auténticas, que gustan hasta á quien no entiende de ellas una patata, porque *visten mucho y hacen bien*. La vanidad es cual la rosa: brilla en todos los jardines y apenas hay latitud donde no se pueda criar. El orgullo es como el *edelweiss*: quiere altas latitudes. Coger el *edelweiss* entraña peligro: ventisqueros ásperos, nieves eternas... Y vencidos los obstáculos, una flor extraña, vellosa, sin colores ni perfumes, que la multitud no admira. El orgullo no aspira á producirse en sociedad: el orgulloso, el verdaderamente altivo, complácese en sus riscos solitarios, repitiendo

Vivir quiero conmigo...

Y antes de continuar, me apresuro á decir: primero, que en la cuestión aristocrática no todo es vanidad de vanidades, á menos que extendamos este concepto salomónico á un sin fin de fines humanos, reconociendo, con los místicos, que sólo una cosa es verdad; segundo, que en el libro de Fernández de Bethencourt *Para cuatro amigos*, y en los restantes trabajos de este erudito escritor, el estudio de la genealogía se funda, según es debido, en la historia, y la historia constituye el interés serio y verdadero enlazado á los fastos, al pasado, al porvenir de la nobleza de sangre. Ahí está su problema: el ser cosa *histórica*, hecha, enlazada estrechamente á instituciones hoy puestas en tela de juicio por la evolución social. Por eso (en el fondo), es la aristocracia, á pesar de su actitud asaz pasiva en política, tan rudamente combatida y tan zarandeada en dramas y novelas. Lo observaba yo no ha mucho en el prólogo á *Cuestión de ambiente*, de Antonio de Hoyos; he vuelto á observarlo ahora mismo (sin hablar de *Mariucha*) en la muy notable novela de Retana *La tristeza errante*. Este novelista, por más señas, no ha quedado satisfecho con sus picantes instantáneas de gente gorda y bien en el balneario de Panticosa; le hormigean los dedos y me escribe: «Conforme con usted: es epidémico el afán de poner en solfa á la aristocracia. La clase media es poco novelable por lo anodina; así, ó se hace la novela de los próceres, ó la de los golfos. Con todo, novelas buenas, de empeño, en que se pinte al vivo cuanto hay de podrido en los próceres, existen pocas: hay que hacer más, muchas más.» Ya lo saben los próceres; abran el paraguas y encomiéndose al santo de su devoción.

Este libro de Bethencourt *Para cuatro amigos* (más personal que su *Historia genealógica y heráldica de la casa real y de la grandeza de España*) retrata al autor tan fielmente, que parece una cara en un espejo. Se destaca el autor en carne y hueso, con sus lealtades afectivas, sus vehemencias políticas, su inmutabilidad de ideales, que hacen de él, en me-